

Economía y ambiente

Los últimos siglos han sido vertiginosos en lo que respecta a la comprensión del planeta: el heliocentrismo en el siglo XVI; la percepción de la historicidad de la Tierra y de la vida en los siglos XVIII y XIX; la teoría del origen del proceso del universo alrededor de hace 13.700 millones de años; el descubrimiento de numerosos sistemas planetarios; etc. Todo esto ha implicado un cambio en visión de las dimensiones y estructura del planeta y de su biosfera: la Tierra aparece como finita, pequeña, dinámica y frágil. Y es precisamente esto último lo que más inquieta nuestra conciencia como especie humana durante las últimas décadas. En efecto, somos conscientes de estar protagonizando una situación crítica. Por la acción del ser humano se están produciendo profundos fenómenos de modificación: la sexta extinción masiva de especies, la alteración en la corteza terrestre y del clima, la contaminación de los océanos. Los geólogos han acuñado un nombre para designar una nueva edad de la Tierra: el Antropoceno. Es tal la globalidad del impacto antrópico sobre el planeta que ya está dejando sus huellas no sólo en su biosfera sino también en sus dimensiones físicas.

Nos encontramos, pues, habitando el Antropoceno aunque, paulatinamente, la conciencia de la finitud de la Tierra va impregnando la percepción de todos sus habitantes, generalmente a partir de cuestiones concretas que comienzan a afectarlos. Por su parte, las diversas ciencias relacionadas con el uso del planeta están tomando nota del problema. También está sucediendo lo mismo con las Ciencias Económicas. El objetivo del presente número de *Cultura Económica* es presentar algunos artículos para enriquecer el debate en este campo.

Alicia Bugallo, pionera en Argentina en el campo de la filosofía de la Ecología, ofrece una visión sintética de la historia del pensamiento en el campo ambiental. Hace notar que los

principios propuestos por Jonas pueden constituirse en postulados para la razón ecológica: “obra de tal manera que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la Tierra”; o, en su versión negativa: “obra de tal manera que los efectos de tu acción no sean destructivos para la futura posibilidad de una vida humana auténtica en la Tierra”. La filosofía ecológica llama la atención sobre la protección de los *recursos-base* para un futuro indefinido. No se trata sólo de satisfacer las necesidades individuales de las generaciones actuales y futuras, sino de ser responsables de un sistema, de un bien integral que es indivisible, no distribuible individualmente, como es el sistema biosférico que sustenta toda vida.

Resulta interesante percibir que el análisis propuesto permite tender un puente con los hábitos culturales de los economistas, inclinados a enfocar sus estudios principalmente desde el incentivo o el rédito económico material. En efecto, la dificultad de transitar desde el cuadro mental de un economista a un ambientalista o a un ciudadano con preocupaciones legítimas por el ambiente precisa de la mediación de un conocimiento de lo que efectivamente está sucediendo en el planeta, de una historia del pensamiento filosófico-ecológico, así como de una teorización que le sea económicamente válida a quien tiene que obtener desarrollo para poblaciones concretas. Lo que emerge de esto es que, sin las ciencias naturales, sin una filosofía de la tecnología y del desarrollo y sin la elaboración de una ética ambiental que integre el desarrollo humano, no hay espacio para la apertura mental de un economista al problema real de la sustentabilidad del planeta.

Javier Souza Casadinho, investigador y docente de la UBA, postula que la agroecología es “un paradigma civilizatorio, mucho más holístico y con mayor profundidad conceptual y práctica que un modo de producción agrario, tanto para sustituir plaguicidas, especialmente los altamente peligrosos, cuanto para recrear sistemas productivos viables y sustentables hacia la consecución de la soberanía alimentaria”. Esta afirmación, apoyada sobre años

de seguimiento de las prácticas agrícolas argentinas, puede resultar conflictiva con el modelo productivo vigente en el país, modelo del cual prácticamente depende la economía argentina en el presente. Sin embargo, la producción de soja y maíz transgénicos no solucionó el problema de acceso a los alimentos en nuestro país. Por otra parte, el uso de los agroquímicos vinculados intrínsecamente a los OGMs está produciendo un perjuicio ecológico notable, así como enfermedades oncológicas sobre poblaciones humanas.

¿Constituye la agroecología un método simultáneamente valioso productiva y ecológicamente? La respuesta, para el autor, es afirmativa. Señala incluso que el modelo ofrece varias dimensiones ventajosas: productiva, biológica, social, política, espiritual. Por otra parte, subraya, el modelo transgénico imperante está mostrando claramente sus limitaciones y su inviabilidad a largo plazo. El interrogante fundamental que emerge es el de la escala posible del paradigma agroecológico. Las críticas provienen, en gran parte, de voces que sostienen la imposibilidad de generalizarlo. Sin embargo, las dimensiones de la contaminación con agroquímicos y los perjuicios ambientales en países productores están haciendo notar que no habría otra alternativa que la del modelo agroecológico que, es fundamental aclarar, no consiste en un regreso a la agricultura pre-industrial, sino un modo ecológicamente sustentable de producir alimentos.

Guillermo L. Covernton aborda el tema medioambiental en relación con los posibles sistemas económicos, trayendo al debate posturas diversas. Su tesis central es que se trata de un problema dinámico que sólo encuentra una solución –frágil, pero posible– en el marco de una economía de mercado apoyada por las instituciones que la respaldan. Habla de una “ecología de libre mercado”. Las otras soluciones son todavía más imperfectas que ésta, puesto que descansan sobre poderes menos responsables como lo son el sistema burocrático o los propios funcionarios políticos, menos aptos de lo que suele pensarse respecto de su responsabilidad por el bien común. Las alternativas de corte

estadista son aún menos confiables en lo que hace al control sobre el medioambiente. La contribución del artículo radica en poner claramente el tema como objeto de debate económico, haciendo notar su dinamicidad interna. Sin embargo, su idea de una “ecología de libre mercado” deja la impresión de no considerar suficientemente la gravedad del problema que los diagnósticos científicos presentan. En particular, no queda clara la exigencia imperiosa de que el pensamiento económico tome en serio la finitud del planeta, es decir, la existencia de límites biológicos y físicos, lo que comporta la necesidad de integrar en la ecuación económica no solamente los factores humanos –empresa, instituciones, ganancias, etc.–, sino también el de la probable desarticulación de la naturaleza. Queda pendiente un tratamiento más explícito de lo que se suele denominar “recursos naturales” en el pensamiento económico, pero que tiene entidad propia y, tal como se percibe en la biosfera de la Tierra, límites ostensibles. El desafío para el pensamiento económico parece, pues, el de integrar tal finitud al interior de sus diagnósticos y de sus modelos de desarrollo.

Precisamente esa es la tonalidad de la encíclica *Laudato si'* del Papa Francisco, dedicada a promover un pensamiento social, económico y político que aborde masivamente la situación de “nuestra casa común”. La encíclica, apoyada sobre datos provenientes de las ciencias naturales, realiza un diagnóstico en el que no separa los efectos sobre el ambiente de las opciones culturales del ser humano, verdadero responsable de la situación. De este modo, el consumismo insaciable es presentado como tendencia destructora que está en la base de la crisis ecológica. El documento es bastante crítico de la raíz de consumo extremo que permea las características concretas de la actividad económica humana, potenciada por la tecnología. Esta última es evaluada en forma positiva, en lo que hace a su capacidad para mejorar la vida humana; sin embargo, es tratada en forma crítica cuando, se transforma en instrumento para el consumismo desbordado y cuando se la percibe como el único camino posible de solución a la crisis ambiental. La tecnocracia, pues, no dejaría espacio a una

reflexión ética sobre el sentido que se debe dar a la tecnología. En el presente número de la revista se integra un comentario sobre aspectos puntuales de *Laudato si'*, en vistas a mostrar dimensiones del pensamiento social católico reciente sobre la cuestión económica en función de la crisis ambiental.

La novedad de la crisis ambiental exige pensar en un modo nuevo todas las formas de relacionamiento humano con el planeta. Frente a los límites crecientes impuestos por el medioambiente –que no es otra cosa que la única casa común, es decir, el único territorio de todos los seres humanos– también el pensamiento económico debe reformularse. Entre otras cosas, ello implica la introducción de elementos de análisis provenientes de la Filosofía, la Ética y, obviamente, de las diversas ciencias del planeta. Como también destaca *Laudato si'*, la situación demanda la introducción de campos de comprensión originados en el patrimonio de la sabiduría de los pueblos, tales como son las religiones. En forma particular, el documento invita a la promoción de un diálogo entre ciencia y religión en vistas a pensar multidimensionalmente la grave problemática de un planeta en camino de un deterioro irreversible. La vitalidad de las ciencias económicas parece estar relacionada con la incorporación de mecanismos de análisis originados en ciencias naturales, filosóficas, pero también de medios de experiencia humanos tales como los ofrecidos por las religiones.

Para una universidad católica, que se estructura no sólo desde el ámbito de las disciplinas naturales y humanas sino también desde la Teología, existe una necesidad intrínseca de incluir, en forma temática o implícita, la perspectiva última de su cosmovisión. Hay varios elementos de relieve en ese campo: la idea de un Dios creador; la visión de un propósito de la creación; el lugar original asignado al ser humano junto con el resto de las criaturas con las que ha hecho un tránsito evolutivo; una interacción entre los seres vivientes que, en su multiplicidad de especies, refleja algo del creador trinitario; el llamado a tender hacia una nueva creación desde el evento de la Pascua de Cristo;

etc. La Teología puede aportar estos suplementos de sentido que ayuden a integrar una visión ambientalmente responsable a la generación actual de creyentes quienes, desde ese horizonte de comprensión, pueden colaborar en la construcción de un planeta sustentable. Por otra parte, ya quedaron lejos las críticas de Lynn White y otros autores sobre la responsabilidad judeocristiana por el desastre ecológico en función de la lectura de la vocación de dominio del Génesis asignada al ser humano. Ninguna exégesis bíblica seria, de las diversas confesiones cristianas, admite hoy tal versión. Hay importantes movimientos de eco-teología y declaraciones oficiales en diversas iglesias en la línea de una configuración clara de compromiso con el cuidado del planeta.

En todo caso, el espacio neutral del debate lo constituye la Filosofía y la Bioética Ambiental. Con ellas, necesariamente, debe interactuar toda disciplina de teoría económica que pretenda abordar en forma integral cuestiones productivas que involucren directa o indirectamente la problemática ambiental. En realidad, dada la magnitud de la crisis ecológica, no parece plausible ningún abordaje de las Ciencias Económicas sin un serio diálogo con tales disciplinas.

*Lucio Florio. Editor Invitado.
lflorio.18@gmail.com*